

TXETXENIA Y NAFARROA EN EL ESPEJO RECIPROCO

Iñaki Etaio (2005.12.6)

Una semana ha separado las elecciones parlamentarias llevadas a cabo en Chechenia del día de Navarra celebrado el 3 de diciembre. Un breve espacio de tiempo, una enorme distancia geográfica, social y cultural, pero, ¿qué pueden tener en común estos dos acontecimientos? Probablemente muchos y muchas navarros y navarras no sepan situar Chechenia en un mapa, y probablemente pocos habitantes de aquel castigado pueblo sepan siquiera qué es Euskal Herria. Sin embargo, y salvando las distancias entre dos realidades diferentes, en la Chechenia de diciembre del 2005 se ve reflejada en gran medida aquella Nafarroa del siglo XVI tras la ocupación castellana.

El Reino de Navarra, concretización estatal e institucional del Pueblo vasco, de Vasconia, de Euskal Herria, no administraba ya a principios del siglo XVI Araba, Gipuzkoa y Bizkaia. Entre 1198 y 1201 estos territorios habían sido arrebatadas “voluntariamente” al Reino de Navarra en base a infamias, campañas militares y cercos sobre poblaciones. Y lo habían sido pisoteando lo acordado en el Laudo arbitral de Londres de 1177 firmado ante el rey de Inglaterra Enrique II por Sancho VI el Sabio y Alfonso VIII, por el que se delimitaban y reconocían los límites entre los reinos de Navarra y Castilla.

En 1512 las tropas castellanas comandadas por el Duque de Alba daban comienzo a la que sería definitiva ocupación de la Nafarroa Oriental. Tras más de una década de sucesivos enfrentamientos y de incluso la recuperación momentánea de Iruñea, en marzo de 1524 las sitiadas tropas navarras abandonan la fortaleza de Hondarribia, último reducto de resistencia militar en Hegoalde. Entre esas tropas navarras, que tras un armisticio abandonaron la fortaleza en formación y con las banderas desplegadas, se encontraban dos hermanos de estos días recordado Francisco Javier.

Sabido es que un pueblo no puede ser sometido indefinidamente mediante la simple ocupación militar, y los mandatarios castellanos pusieron en marcha un paulatino proceso de asimilación de Nafarroa al Reino de Castilla. Abolición del derecho navarro, suplantación de las instituciones navarras, remoción de cargos públicos, eclesiásticos, de administración de justicia, etc. Y represión. Probablemente nunca se llegue a saber con exactitud los miles de navarros y navarras que fueron exterminados durante y en los años posteriores a la “voluntaria conquista” de Navarra. Aquella planificada operación de limpieza, aquel genocidio probablemente fuera de una dimensión mucho mayor a los 3000 navarros ejecutados durante y tras la guerra que siguió al alzamiento fascista de 1936. Casi 5 siglos después, todos esos navarros y navarras son algo invisible para quienes hoy gobiernan esa parte de Euskal Herria que fue la última en ver arrebatada sus formas de autogobierno y organización social.

Casi 5 siglos después, y mientras se ultimaban los detalles de los actos oficiales en desrecuerdo, más que en recuerdo, de un al parecer, aséptico, santo y navarro-navarrísimo Francisco Javier, en una pequeña zona del Caúcaso se escenificaban unas elecciones. El pueblo de Ichkeria, también conocido como Chechenia, asistía al esperpento de unas elecciones que desarrollándose con normalidad iban a abrir las puertas a la normalización de esta república. No estaban en Chechenia los 400 expertos internacionales encabezados por la OEA y la UE que siguieron lupa en mano el desarrollo de las elecciones venezolanas del 4 de diciembre. No estaba en esta ocasión Iñaki Anasagasti para desacreditar aquellas elecciones por antidemocráticas. No estaban desplegados en las ensangrentadas calles chechenas los grandes medios de difusión masiva. No. Los pocos corresponsales presentes en la devastada Chechenia eran guiados por policías y soldados en su visita a unos semidesiertos colegios electorales, como así han atestiguado algunos de estos corresponsales. Por no extendernos sobre la imposibilidad de que nadie que cuestione la integración de Chechenia a la Federación rusa haya podido presentarse, ni sobre los dudosos censos de votantes.

Cimentado sobre un genocidio en toda regla contra el Pueblo checheno y sobre la desestructuración de sus formas de organización, cual Navarra conquistada, la escenificación de estas elecciones pretende poner los cimientos de una normalizada Chechenia integrada en la gran Federación rusa. De forma “natural”, “normalizada”, “voluntaria”. Los acuerdos de Jasaviurt de agosto de 1996 firmados entre Alexander Lebed y el asesinado presidente checheno Aslan Masjádov tras obligar la resistencia chechena al Kremlin a negociar, han sido pisoteados por la soberbia zarista del siglo 21, en un episodio que tiene sus similitudes en el incumplimiento del citado Laudo arbitral del Londres por parte de los mandatarios castellanos.

Tras dos guerras de ocupación (1994-1996 y 1999 hasta la fecha) se calcula que ha muerto un 10 % de la población de esta pequeña república cuya extensión no llega a duplicar a la de Nafarroa. Frente a los 1.200.000 habitantes que tenía Ichkeria en 1991 hoy en día esa cifra tal vez no llegue a la mitad. A la par que aumenta la población rusa en Chechenia dentro de un plan de progresiva asimilación social por parte de las autoridades rusas, varios cientos de miles de chechenos se han visto obligados a huir por miedo a represalias y a los salvajes métodos usados por los ocupantes. Se calcula que en los campos de refugiados de Ingushetia malviven actualmente unas 200.000 chechenos y chechenas. Decenas de miles de combatientes chechenos (“delincuentes” o “terroristas” en lenguaje del Kremlin), potenciales combatientes, e incluso mujeres y niños potenciales colaboradores de la resistencia, han sido asesinados por el ejército ruso, por las OMON (cuerpos especiales del Ministerio de Interior), por la policía prorusa y por las fuerzas paramilitares. Muchos de ellos desaparecidos en centros de detención y tortura. Sólo en el 2005 han sido contabilizadas 235 desapariciones según constata un memorando elaborado por varias organizaciones en defensa de los derechos humanos. El de Chechenia es hoy en día, conjuntamente con Irak o

Colombia , uno de los puntos más negros a nivel mundial en lo que respecta a la violación de los derechos humanos. Tan grave como ignorado.

Sobre esta Ichkeria masacrada pretenden construir esa otra Chechenia rusa diseñada por el Kremlin. Para ello necesitan sin embargo asesinar otro obstáculo para sus pretensiones: la memoria histórica, intrínsecamente ligada a la identidad colectiva de un pueblo. Si lo consiguen, dentro de 500 años o tal vez no tantos, podremos ver en Grozny al virrey de un contemporáneo zar rodeado de autoridades civiles, militares y religiosas celebrando el día de Chechenia. En tal pomposo acto enaltecerán algún personaje histórico ruso-checheno y disfrutarán de alguna descafeinada y descontextualizada danza típica chechena, obviando evidentemente cualquier referencia a una historia de invasiones, genocidios y resistencias. Todo ello en idioma ruso. Reducida la identidad de un pueblo a puro folklorismo reivindicarán la identidad chechena y su natural y voluntaria integración a la Gran Rusia desde el principio de los tiempos.

Con la memoria puesta en Grozny, Gudermes, Noain, Amaiur, Gernika, el pueblo checheno puede dirigir su mirada estos días a los actos oficiales de desmemoria histórica celebrados por los navarrísimos navarricidas para contemplar lo que podría ser su futuro. También podrán contemplar fuera de esos salones oficiales a la resistencia navarra del siglo XXI que, pese a represión y prohibiciones, sigue portando el arrano beltza bajo las murallas de la vieja Iruña en las que se escucha cada vez con mayor intensidad el eco de la lengua navarrorum.

Como Pueblo vasco podemos ver estos días reflejado en la rebelde Ichkeria lo que fue una dolorosa página de nuestra historia. Un pasado que se nos niega y oculta, que explica nuestro presente y que debe iluminar nuestro futuro. El sacrificio del Pueblo checheno debe servir para que los chechenos de ambos lados del Pirineo no olvidemos el pasado de nuestro pueblo ni a quienes dieron la vida por él.

Recuperar la memoria histórica, reconstruir el Pueblo y potenciar los lazos de solidaridad entre los pueblos del mundo es el reto que tenemos por delante. Desde el desfiladero de Argún hasta el de Orreaga, pasando por Jenin, Faluya, Marquetalia o la selva Lacandona.